

Gregorio León

La **EMPERATRIZ**
de **JADE**

algaida



Primera edición: 2013

© Gregorio León, 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-920-2

Depósito legal: SE-839-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Diego Pedro, que siempre está.
Y a mi madre, obviamente*

ÍNDICE

UNO	11
DOS.....	17
TRES	25
CUATRO.....	39
CINCO.....	49
SEIS.....	63
SIETE.....	73
OCHO	79
NUEVE.....	95
DIEZ	101
ONCE	111
DOCE.....	119
TRECE	127
CATORCE.....	135
QUINCE.....	145
DIECISÉIS.....	153
DIECISIETE	163
DIECIOCHO.....	181
DIECINUEVE	193
VEINTE	203
VEINTIUNO	213
VEINTIDÓS	227
VEINTITRÉS.....	235

VEINTICUATRO	241
VEINTICINCO.	249
VEINTISÉIS.	257
VEINTISIETE	263
VEINTIOCHO	273
VEINTINUEVE	285
TREINTA	297
TREINTA Y UNO.	305
TREINTA Y DOS	313
TREINTA Y TRES.	321
TREINTA Y CUATRO	327
TREINTA Y CINCO	349
TREINTA Y SEIS	353
TREINTA Y SIETE	373
TREINTA Y OCHO.	385
TREINTA Y NUEVE	403
CUARENTA.	417
CUARENTA Y UNO	423
CUARENTA Y DOS	437
CUARENTA Y TRES	445
CUARENTA Y CUATRO	451
CUARENTA Y CINCO.	479
CUARENTA Y SEIS.	487
CUARENTA Y SIETE	495
CUARENTA Y OCHO	499
CUARENTA Y NUEVE	517
CINCUENTA	521
CINCUENTA Y UNO	529
EL ORIGEN	533

UNO

EL HOMBRE QUE SE COLOCA EL HÁBITO CON TANTA DIFICULTAD tiene los ojos muy azules. La operación le lleva varios minutos, pero al final lo consigue. Le da una patada violenta a una biblia que le estorba en el suelo. Se agacha y busca algo debajo de la austera cama de su celda. Ahí tiene escondido un maletín de cuero, con cantos dorados. Lo abre con sumo cuidado, después de introducir una combinación de números. Saca un espejo de pequeñas dimensiones, como el que siempre llevan las mujeres dentro de su bolso, y comprueba el efecto que produce su nueva indumentaria. Se ve ridículo. Es un disfraz. Pero, por primera vez en mucho tiempo, se siente libre.

Lleva varios meses de aquí para allá, desde que una información confidencial le permitió saber que estaba en la lista negra de los aliados. No sabe si esa lista era grande o pequeña, pero sí que está en ella. Algún rumor ya le había llegado cuando estaba en Madrid. Parecía que no tenía mucha entidad, o Kramer no se la concedió, porque siguió frecuentando los restaurantes más caros. Pero luego el asunto se fue complicando. Sí. Y él no quería tener líos. Así que hizo las maletas apresuradamente y se marchó

con Frieda a Santillana del Mar. Gracias a un contacto pudieron alquilar una bonita casa de piedra. Pero las tardes plácidas, contemplando feliz las puestas de sol, acabaron. Y ahora le ha llegado la propuesta de esconderse en un convento. Kramer ha dudado durante unos días, pero una nueva e inquietante noticia de sus perseguidores lo ha impulsado a tomar la decisión de ocultarse allí. Parece el único sitio seguro.

Guarda de nuevo el espejo en el maletín. El rostro se le ha llenado de arrugas. Parece que le han caído encima diez años. No es de extrañar. Desde que los rusos entraron en Berlín, desde incluso mucho tiempo antes, todo estaba perdido, y la única victoria era la supervivencia. Kramer echa cuentas. ¿Cuándo fue la última vez que durmió ocho horas seguidas? Ni lo recuerda. Ni siquiera en los días de copiosas comidas y grandes fiestas en el Horstcher podía conciliar bien el sueño, por mucho que llegara a su lujoso piso del paseo de La Habana medio borracho. Últimamente, además, tiene una pesadilla: sueña que tiene delante a un severo tribunal. Él está sentado en el estrado y lo interrogan, pero no lo hacen con el rostro descubierto, lo llevan tapado con la misma caperuza del verdugo que lo espera para ahorcarlo con una soga. Lo último que ve, antes de despertarse empapado en sudor, entre grandes escalofríos, son sus pies suspendidos en el aire, ejecutando movimientos espasmódicos sobre un taburete de madera que alguien ha volcado. Y lo peor de todo es que no tiene ni idea de lo que ha podido hacer mal para que lo estén buscando, para que quieran hacerle algunas preguntas.

Abandona la celda. Deja atrás la sala de capítulo y la biblioteca. Comprueba cómo en el huerto crecen con pujanza las hortalizas. Se dirige al refectorio, con pasos inseguros. El hermano León, el primero que lo ha recibido en el convento, lo presenta a los demás:

—Damos la bienvenida al hermano Oswaldo.

Esa es su nueva identidad, no sabe por cuánto tiempo. Él realiza una leve inclinación con la cabeza. Lo miran con una mezcla de curiosidad y respeto. Kramer baja los ojos. No quiere que lean en su rostro el miedo que lleva acumulando desde hace tantas semanas. Afortunadamente se olvidan pronto de él. Todos menos uno de ellos. Se lo han presentado como el hermano João. De él no sabe apenas nada, pero debe de ser portugués, a juzgar por su nombre. Tiene los ojos rapaces y las cejas le apuntan hacia arriba con una extraña curvatura.

Lo invitan a rezar. Mueve los labios, disimulando. Afortunadamente, el ritual no es muy largo, y los monjes se disponen a dar buena cuenta de un guiso de lentejas con chorizo. No faltan unas hogazas de pan muy grandes, como nunca había visto Kramer en su vida. Salen del horno del convento.

—A partir de mañana, hermano Oswaldo, tú también te sentirás orgulloso de esta maravilla de la creación: el pan. Trabajarás conmigo en el molino. Nos pondremos perdidos de harina, pero el resultado merece la pena, ¿no te parece?

Kramer, o el hermano Oswaldo, que a fin de cuentas ese es a partir de ahora su nuevo nombre, su identidad recién estrenada, aunque no sabe por cuánto tiempo, hace un gesto afirmativo que acompaña con una media sonrisa.

Durante unos minutos solo se oye el chasquear de las lenguas, el sonido de las cucharas de madera al rozar los platos. A Kramer las lentejas le han parecido un manjar exquisito. Es verdad que el vino anda muy lejos del Château d'Yquem que le llegó a Berlín procedente de la Francia conquistada, pero tampoco está mal y quita la sed. Además, le cae bien el hermano León, con su mirada de perro viejo. Todo lo contrario que João. Otra vez nota sus ojos clavados en su cara. Instintivamente, Kramer se tapa con la mano la cicatriz que lleva pegada en

la boca, justo en la parte izquierda. No quiere que nadie, y menos ese portugués, se fije en esa línea que le afea la cara.

Después de dar buena cuenta del postre de flan de huevo, limpiar la mesa y cantar el oficio de vísperas, todos los hermanos se recogen silenciosos en sus celdas. La oscuridad es total. Es invierno y enseguida se hace de noche. Kramer enciende una luz de flexo. La bombilla expulsa una luz amarillenta, muy pobre, pero le sirve para encontrar de nuevo el maletín de cuero. Le da una nueva patada a la biblia para alejarla lo más que puede de él. Esta vez no va a comprobar su aspecto delante del espejo. Ahora manipula dentro del maletín hasta dar con un botón que descubre un doble fondo. Allí, aparte de unos documentos escritos a mano, con letra muy pulcra, guarda una cápsula de cristal.

La saca del maletín, extremando las precauciones, como si manipulara una bomba. La coloca junto a la luz del flexo, comprobando que se mantiene intacto su contenido.

Es una cápsula de cianuro.

Su mente se le va al *Reichsführer*, lo ve mordiendo con desesperación una cápsula idéntica a esa antes que caer en la desvergüenza, que dejarse humillar por los enemigos y morir ignominiosamente en la misma horca que le aparece a él en esa pesadilla recurrente.

Kramer se la introduce en la boca. Siente la frialdad del cristal, la lengua juguetea con ella, la nota tan frágil que bastaría con colocarla debajo de una muela, de una sola muela, para hacerla estallar. La respiración se le acelera. Con un mordisco, un simple mordisco, todo acabaría, ya no habría más pesadillas, ni tendría que esconderse. Acaricia esa idea durante unos segundos, pero solo es eso, unos segundos. Se mete dos dedos en la boca y saca de ella la cápsula precipitadamente.

Los aliados han podido ganar la guerra, los rusos pueden ser los nuevos dueños del mundo, pero él sería incapaz de mor-

der esa cápsula mientras ella le escriba cartas como la última. Le prometía que pronto estarían juntos, que lo de Argentina no era una mala idea, que ella también estaba cansada de fingir, de jugar un papel que ni siquiera ya se creían sus jefes, y que la vida de los dos corría peligro, y que solo en Bariloche podrían ser felices como lo fueron en los días de Berlín.

Sí, a Kramer le habría encantado que en ese momento de recogimiento, en el silencio de la noche, solo interrumpido por el chillido de algún mochuelo, su último pensamiento fuera para su mujer, para Frieda, que le había entregado su vida desde casi el día que se conocieron; se habían dejado la piel trabajando duramente, quitándole horas al ocio y a los divertimentos, porque el país necesitaba esos sacrificios en un momento tan crucial de su historia, y ellos dos lo entendieron perfectamente, y estaba seguro de que ella lo seguiría hasta el mismísimo infierno. Pero no. La vida no era perfecta, era muy injusta, y por eso el Reich de los Mil Años había quedado reducido a cenizas y había sobrevenido un segundo Versalles casi tan infamante como el primero. La vida es muy injusta porque un nombre ocupa toda su mente, y no es el de su mujer: Erika. Quiere convencerlo de que Argentina puede ser un destino, no bueno ni malo, sino el único destino. Y es verdad que Erika es su única salvación.

Kramer guarda la cápsula de cianuro en el maletín.

DOS

ESCUCHÓ LA NOTICIA EN LA TELEVISIÓN Y NO LE EXTRAÑÓ en absoluto. Un mendigo había muerto la pasada madrugada, a unos pocos metros del Museo Histórico. Su cuerpo congelado apareció en un banco, junto a una botella vacía de vodka.

Nada más aterrizar en el aeropuerto de Moscú, Daniela Ackerman había sentido el azote del viento helado en las mejillas. Camino del hotel Rossia vio un par de termómetros urbanos. Los dos coincidían en el diagnóstico: hacía un frío que partía las piedras. Veinte grados bajo cero.

Eligió el hotel Rossia no solo porque estuviera a un paso de la plaza Roja, o porque siempre tuviera habitaciones disponibles, sino sobre todo porque muy cerca de allí estaba el edificio al que tenía que acudir para entrevistarse con Viktor Bronski. Vargas, fiel a su estilo, no le había ofrecido mucha información sobre el personaje. Su jefe se había limitado a decirle que aparecía todos los años en la revista *Forbes* como uno de los hombres más ricos del mundo y que pagaba bien y al contado. Ah, y que tenía una llamativa mancha en la mejilla derecha, con forma de lágrima. Eso le

dijo mientras le ponía en la mano el billete de avión y el visado.

Desayunó en el Rossia. El bufé no era gran cosa (se salvaban unos pastelillos de pasas), pero las vistas eran excepcionales. Frente a los amplios ventanales del restaurante brillaban las cúpulas bulbosas de la catedral de San Basilio. Montones de nieve se acumulaban junto a los muros rojos del Kremlin. Arriba, el cielo lucía insólitamente azul, como pintado por un niño. De los aleros de los edificios colgaban carámbanos afilados.

A Daniela, esa colección de imágenes le puso de buen humor. Y se sintió preparada para empezar el trabajo que le había encomendado Vargas. En el amplio vestíbulo del Rossia fue asaltada por un taxista. Aceptó sus servicios, con un poco de recelo. Le dijo que quería ir al número 71 de la calle Arbat. El tipo la dejó en pocos minutos junto a un edificio de estructura vanguardista. Nada que ver con las construcciones de arquitectura gótico-estalinista que todavía salpicaban el paisaje de la ciudad. Sacó del bolso la dirección que le había apuntado su jefe. En efecto, no se había equivocado. De momento, la cosa iba bien.

Dentro se encontró con la mirada desconfiada de una recepcionista.

—Busco la oficina del señor Bronski.

—Todas las oficinas son del señor Bronski —le gruñó la mujer, exageradamente pintada.

O sea, que Vargas no la engañó cuando le dijo que el tal Viktor Bronski tenía tanto dinero como para merecer un puesto (no demasiado alto, las cosas como son, matizó su jefe) en la lista más exclusiva de todas, la de *Forbes*. Todo el edificio era suyo.

Daniela le extendió a la recepcionista el papel con la dirección del edificio. Detrás contenía unas letras en alfabeto ci-

rílico. La recepcionista cambió la cara después de leerlas. Le regaló una sonrisa forzada y le indicó que subiera al piso diez.

Terminó de retocarse en los espejos del ascensor. Se ajustó el cinturón y comprobó que la falda estaba completamente lisa. En su trabajo era tan importante causar buena impresión como tener un olfato de perro.

Al llegar a la décima planta se encontró con otro control de seguridad. Dos tipos la recibieron con cara de estar estreñidos. Ni siquiera quisieron franquearle el paso cuando les enseñó el papelito que antes había servido de salvoconducto. Le exigieron que se descalzara, que se quitara todos los objetos metálicos y la pasaron repetidamente por un escáner, como si temieran que fuera a cometer un atentado terrorista. Después de soportar ese trato humillante, le pidieron que recuperara sus objetos antes de acceder a una salita de espera. Se acomodó en un sillón de cuero de color *beige* y les lanzó una mirada homicida que a los dos gorilas no les alteró ni un músculo de la cara. Carecían de expresión. Eran nada más que un par de sacos llenos de músculos.

Daniela bufó un par de veces. Ojeó nerviosamente un mapa del metro. Esperaba que Viktor Bronski no le hiciera esperar demasiado, porque el buen humor con el que había salido del hotel se estaba esfumando por completo. Y a Daniela la conocían en su trabajo más por su mala leche que por sus bonitas piernas.

Apareció un hombre. Era corpulento. Tenía las sienes plateadas. Cuando se acercó, Daniela notó que unas bolsas bajo los ojos le afeaban el rostro, no del todo desagradable. Lo único que alteraba el conjunto era la mancha en la cara.

—Buenos días, señorita Daniela. Bienvenida.

—Buenos días.

—Lamento que haya tenido que pasar varios controles. Pero no hubiera estado bien que fuera yo mismo quien le abrie-

ra la puerta del edificio. Me hubiera restado..., ¿cómo decirlo?, estatus. ¿Entiende?

Sí. Daniela entendía perfectamente. Había conocido a muchos como él, aunque estuvieran lejos de aparecer en *Forbes*. Estaban podridos de dinero y les encantaba hacer ostentación de ello, sobre todo delante de una mujer. Y todos tenían un aire de dandí trasnochado. Viktor Bronski no era una excepción. Cumplía totalmente los cánones, salvo por la mancha en la mejilla.

La condujo a un despacho de paredes tapizadas con madera de roble. Oía a barniz.

—Dicen que usted es muy buena —le comentó cuando ella aceptó su invitación a sentarse.

—Hago mi trabajo tan bien como para no caer en la lista del paro. Eso no es poca cosa, con los tiempos que corren.

—Me han informado de cómo descubrió ese cuadro que Frida le regaló a Trotski. Dígame una cosa: ¿es verdad que mi camarada estuvo muy enamorado de esa mujer tan fea, con esas cejas, que parecía un hombre?

—Como un adolescente. Hasta las trancas.

Viktor Bronski hizo un gesto como de no entender nada. Daniela sabía que sus gustos iban por otro camino bien distinto. Jamás se fijaría en una mujer como Frida Kahlo, si es que la hubiera podido tener a su alcance. Su mercado era otro. Mujeres altas como juncos, de rostro angelical, piernas de seda, brazalete de araña y uñas lacadas en rojo sangre. De esas que no cuestan menos de diez mil euros a la semana.

—Imagino que usted sabrá que a Trotski acabó matándolo un paisano suyo.

—Sí, Ramón Mercader.

—Pues ese buen hombre está enterrado aquí. Lo que pasa es que nadie sabe a ciencia cierta dónde. Las autoridades

temen que algún trotskista rencoroso se ponga a la tarea de profanar su tumba.

Daniela hizo un gesto de hastío. Lo de Frida, Trotski, Ramón Mercader y México DF ya era historia pasada, lo mismo que su novio Arturo. Había descubierto el cuadro que pintó la mexicana, le habían pagado por ello y listo. Y el Chilango estaba entre rejas. A otra cosa, mariposa. Viktor Bronski también se dio cuenta de que la española tenía ahora otros asuntos en la cabeza.

—Si quiere saber más sobre el motivo por el que la he llamado, mejor será que lo hagamos en otro sitio. Ya paso demasiadas horas encerrado aquí, y aunque no lo crea, todo este lujo llegar a ser agobiante. Y a veces lo importante ocurre en la calle. Conozco un sitio en el que sirven el mejor vino de toda Rusia.

La frase fue imperativa, sin darle tiempo a Daniela Ackerman a reaccionar, o a oponerse. Casi sin darse cuenta se vio empujada al interior de un ascensor ultramoderno, que Bronski había abierto valiéndose de una llave magnética. Parecía que el ascensor obedecía exclusivamente sus órdenes.

Dejó las huellas dactilares en un panel de mando, y enseñuida la detective notó cómo descendían, a gran velocidad. Bronski se apercibió de su azoramiento.

—No se preocupe. Este es el camino más recto para llegar a la calle. Solo estamos tomando un atajo. No se apure.

Daniela Ackerman insinuó una sonrisa, y mantuvo ese apunte de sonrisa hasta que desembocaron en un *parking* subterráneo. Tenía espacio para cinco coches. Solo una de las plazas estaba ocupada. Bronski se metió la mano derecha en un bolsillo de su pantalón y sacó una llave. Inmediatamente parpadearon las luces de una espectacular berlina. A Daniela Ackerman no le costó mucho reconocer la marca. Hacía poco más

de un año que ella, casi como un capricho, se había comprado un Audi A5. Blanco. Con techo solar. Se lo merecía. Le pegaba. Ni muy pequeño ni exageradamente aparatoso. Y hacía juego con su traje de chaqueta, a diferencia de aquel armatoste al que el ruso la invitaba a subir. Lo arrancó y los doce cilindros bramaron.

—Me sorprende que usted no tenga chófer —le apuntó Daniela Ackerman, mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

—Y a mí que lo primero que ha hecho al subir a mi coche sea ponerse el cinturón. ¿Acaso no se fía de mí?

—Con los hombres siempre hay que andar así. Con el cinturón de seguridad. Por lo que pueda pasar.

—No tiene un alto concepto de mi género.

—Tengo mis razones. Pero espero que no me haya hecho venir desde Madrid para hablar de mis relaciones con los hombres.

—No, en absoluto. Solo intentaba que se relajara, que no estuviera tan tensa. Y a su pregunta, no, no tengo chófer. Conducir es uno de los pocos placeres que sigo apreciando. Con lo que no contaba es con este atasco.

Habían dejado atrás la calle Arbat y al enfilarse por Smolenskaya se habían topado con un embotellamiento que colapsaba los tres carriles de la avenida. Los copos de nieve, agitados por la ventisca, remoloneaban alrededor de los coches. El azul del cielo había desaparecido. El tiempo se había puesto todavía peor que cuando Daniela Ackerman se plantó en las oficinas del ruso. Bronski empezó a menear la cabeza negativamente.

—En esta vida, o al menos en la mía, no hay tiempo que perder. No hay cosa que me enfade más que un contratiempo.

Manipuló el aparato de radio desde el volante del coche, y la voz crispada de un locutor salió por los diez altavoces de

alta fidelidad colocados estratégicamente en el habitáculo. A Viktor Bronski no parecieron gustarle las noticias que escupía el locutor, porque accionó otro botón y una música *jazz* lo ocupó todo.